

PABLO HERRERA CARRILLO

Nació en Calvillo, Gto., el 29 de junio de 1885. Murió en México, D. F., el 25 de agosto de 1957.

Periodista, abogado e historiador. Consagróse a la investigación histórica por auténtica vocación, llegando a ser uno de los conocedores mejores de nuestros archivos. Con Antonio Pompa y Pompa con quien parecían Cástor y Pólux, con quien discutía y reconciliábase día tras día, editó de 1937 a 1940 *El Movimiento Histórico en México*, publicación prohibida por la Librería de Robredo. Dirigió los periódicos *Cultura*, en Guanajuato, *La Siente*, y en Baja California, *La Frontera* en colaboración con su hermano Guadalupe.

Es autor de las siguientes obras: *Junípero Serra, Civilizador de las Californias*; *Nuestro complejo de inferioridad y la Guerra de los Estados Unidos*; *Historia de la Minería*; *Las Siete Guerras por Tejas* (1959); dejando inéditas algunas, como, por ejemplo: *La Población del Valle de Mexicali* y una *Historia de la Baja California*. Publicó, asimismo, numerosos artículos y ensayos de mérito en revistas y periódicos. Tan grande como su modestia fue su capacidad de investigación y amor por la historia.

Le ha recordado brevemente Antonio Pompa y Pompa en *Semblanza de Herrera Carrillo. Espejo del autor en Esteban F. Austin. Exposición al público sobre los asuntos de Texas. Las Siete Guerras por Texas*, estudio de Pablo Herrera, México, Editorial Academia Literaria, 1959, XIII-32-344 p. Il. Mapas, facs. (Colección de documentos para la Historia de las Guerras entre México y los Estados Unidos 1), p. 1-5.

Fuente: Pablo Herrera Carrillo, *Fray Junípero Serra, Civilizador de las Californias*. 3a. ed. México, publicado por Editorial Jus, S. A., 1960. 141 p. Il. p. 23-26.

FRAILES ANDARIEGOS

Ignacio Ramírez, El Nigromante, Ignacio Ramírez el exclaustrador, el iconoclasta de la Reforma, ha hecho en la persona de Fray Antonio Margil de Jesús el elogio supremo de los Frailes Andariegos.

Nada más bello, ni más lírico, que aquel su himno en prosa al inquieto franciscano que según la expresión de J. Jesús Núñez y Domínguez, "hizo sentir el paso de sus sandalias vendedoras" por Querétaro, Zacatecas, Tabasco, Yucatán, Sierra

de Nayarit, Coahuila, Nuevo León, etc., etc., y que “regó una estela de confianza desde Texas a Costa Rica”.

Oíd cómo canta el precursor y apóstol de las leyes de Reforma al pobrecito monje inmortal de los pies ligeros:

“Hace poco más de un siglo que un misionero llamado Fray Antonio Margil de Jesús, midió repetidas veces con sus pies y con su báculo la áspera y caliente lava que cubre el suelo guatemalteco; y ya sumergiéndose en enfermizos pantanos, ya durmiendo en espesos bosques, entre venenosas serpientes y hambrientas fieras, buscaba a feroces salvajes, sufría sus injurias, provocaba sus crueldades; y admirándolos con su resignación y venciéndolos con su entusiasmo, los hacía caer prostrados a sus pies, encender hogueras para los derribados ídolos y levantar para la cruz nuevos altares.”

Con Fray Antonio Margil de Jesús a la cabeza, forman legión en México los Frailes Andariegos “que sentían lumbre en las sandalias”. Ante aquellos humildes hombres en marcha, retrocedían las fronteras de la barbarie y se ensanchaban las de la Nueva España; puede decirse sin exageración alguna, que el territorio que andando el tiempo iba a ser nuestro solar patrio, al enredarse en los pies de aquellos andarines, lo mismo que una alfombra desflecada, se iba desdoblando y extendiendo hacia los cuatro rumbos cardinales.

Encendidos de un fuego interior, se ponían en camino impelidos por un doble imperativo.

Por un lado el precepto evangélico que los empujaba hacia adelante: el “Id y predicad a todas las naciones”. Por otra parte el señuelo de lo desconocido, el reclamo del desierto y del misterio que los llamaba a voces: el embrujo, la tentación de un Nuevo Mundo recién hallado, poblado de enigmas por descifrar, de nuevos senderos por descubrir, de amplios horizontes por contemplar.

Nada más variado que esta legión de andariego. Los hay de todos los tipos: “pathfinders” o busca-rutas como Fray Francisco Vélez de Escalante; sembradores de pueblos como Fray Cintos; creadores de nuevas ciudades y de instituciones nuevas como Fray Juan de San Miguel, que entonaba en las selvas michoacanas, en lengua tarasca, el maravilloso Cántico del Sol de Nuestro Padre San Francisco: —“¡Alabado seas, mi Dios; alabado en todas tus criaturas, y singularmente en nuestro hermano excelso el Sol... Alabado seas, Señor, en la Luna y en las Estrellas, las que formaste en los cielos claras y serenas... Alabado seas, Señor, por nuestra hermana el Agua,

tan útil, tan humilde, tan preciosa y tan casta... Alabado seas, Señor, por nuestro hermano el Fuego con que iluminas las noches, tan bello y agradable como indomable y fuerte!"... Himno que revela el espíritu franciscano, que animaba a aquellos hombres de Dios, aun a los mismos que no pertenecían a la Orden Seráfica .

Los había arrieros y constructores de carreteras, como el lego inmortal Fray Sebastián de Aparicio; marinos como Fray Andrés de Urdaneta, soldado de las guerras de Italia, que estuvieron con Loaiza en Maluco, nauta de los Siete Mares del Mundo, que encontró la "Vuelta de Occidente", por donde habían de llegarnos las sedas de China y las aromas de la Especiería; unos en sus viajes como Kino al cruzar el río Colorado, sólo llevaban en sus andanzas el breviario, una frazada para dormir y un manajo de retama envuelto en el paño de sol como almohada para reclinar la cabeza; otros, ni aun eso; algunos como Font, cartógrafos y geógrafos insignes, llevaban su astrolabio y sus tablas de cálculo para fijar posiciones de caminos y de parajes propicios para nuevas fundaciones...

Y con ellos marchaban los colonos y ganados que poblaban las tierras nuevas y con ellos iban nuevas plantas y las nuevas semillas. Francisco Piccolo cargaba a costas un costal de trigo por la desolación inaudita de su bien amada Baja California; Fray Jordán de Piamonte trajo de los pensiles de Europa a las huertas conventuales de Oaxaca, la albahaca y la Rosa de Alejandría. Y aun figuraban entre ellos algunos que sólo parecían viajar por seguir el precepto de Raymundo Lulio, maestro de todos los frailes andariegos: "Conviene que te maravilles... ¡Vete por el mundo y maravíllate!" Así volvió —maravillado— Fray Marcos de Niza de su entrada al Nuevo México, con la visión de los pueblos indios convertidos en la maravilla de las Siete Ciudades de Cibola.

Nada ni nadie los detenía. Cuando les cerraba el paso un río impetuoso, por ejemplo, un milagro estaba listo para hacerlos encontrar la manera de atravesarlo —como Fray Juan Bautista Moya, el Apóstol de Tierra Caliente—, sobre los lomos de un caimán, manso como un asno.

Caminaban hasta de noche. Si alguien les decía: "Peregrino, detente, que es de noche", contestaban como el alquimista y trotamundos Ramón Barba Florida: "Los caminos por donde el amigo busca a su Amado, están iluminados de amores".

Y sin embargo, solían detenerse; pero cuando el báculo de

los caminantes se inmovilizaba y enraizaba para echar ramas y flores como sucedió en Tacámbaro al báculo de Fran Juan Bautista Moya, era tan sólo para plantar una huerta o formar una ciudad para el arraigo de otros, no para el arraigo de ellos, que tenían siempre a flor de labio las palabras de San Pablo: "No tenemos aquí abajo ciudad permanente, sino que vamos en pos de la Ciudad Futura."

Y así iban los hermanos menores del Santo de Umbría, como los pinta el gran historiógrafo guanajuatense, Luis González Obregón: "Descalzos, miserables de traje, pero ricos de bondad que aún ilumina nuestra gratitud."

Y acatando el verso maravilloso, "se quitaban las sandalias para no herir las piedras del camino".